

Homilia del Superior General a la Asamblea General Juventud Mariana

27 de julio de 2015

¡Evangelizados para evangelizar!

Hermanos y Hermanas en Jesús y en San Vicente;

Es una alegría estar aquí juntos en Salamanca en la IV Asamblea General de Juventud Mariana Vicenciana. Nuestro lema “***¡Evangelizados para evangelizar!***”, es apropiado, pues nos recuerda que estamos involucrados en una labor iniciada por el mismo Hijo de Dios en su paso por la tierra. En París, a través de las apariciones de Nuestra Señora a Santa Catalina Labouré en la Capilla de la Medalla Milagrosa, encontramos los primeros indicios de lo que significa ser evangelizador. Confiándole los detalles que Nuestra Señora le había comunicado a ella, Catalina habló a su director, P. Aladel, le dijo: “La Virgen María desea darle una misión. Será el fundador y director de una Confraternidad de Hijos e Hijas de María”. Dos siglos después, vemos los efectos de ese primer fervor, demostrado por las Juventudes Marianas presente en 66 países con más de 100,000 miembros.

De todas formas, no estamos aquí reunidos para ver las estadísticas o escuchar impresionantes reportes de consejos locales o regionales, sino para reflexionar y actuar en cómo podemos evangelizar al estilo de Jesús y Vicente de Paúl, a través de la intercesión de nuestra Madre bendita. Los Estatutos Internacionales lo establecen de una forma sencilla:

“Los miembros de la Asociación se comprometen al seguimiento de Cristo. Descubren en el Evangelio a María como modelo de todos los creyentes, acogen en la fe la presencia de Dios en su Hijo Jesús, escuchan su Palabra y viven de acuerdo con ella. Igualmente, ven en María, Madre del Señor, la inspiración que les ayuda, con la fuerza del Espíritu Santo, a caminar a lo largo de su vida en la fe y en la caridad efectiva generadora de justicia (*Naturaleza*, No. 5).

Juventud Mariana Vicenciana es un movimiento de corazón, mente y voluntad, llamado a un compromiso personal de testificar la fe en Cristo Jesús. Ustedes actúan juntos como miembros de una comunidad orante y de servicio a aquellos que viven en situación de pobreza. Esta Eucaristía, momento clave en nuestra Asamblea General, es un

tiempo de gracia para que reflexionemos en lo que significa tanto evangelizar como en ser evangelizados.

Las lecturas del día de hoy, nos presentan un fuerte contraste en las formas en las que podemos dar testimonio de una fe revelada. En la primera lectura del libro del Éxodo, Los Israelitas, pueblo elegido por Dios rescatado de la esclavitud, se comporta de una manera preocupante. Luego de comunicarse con Dios para mediar en nombre de ellos, Moisés regresa y los encuentra adorando un ídolo. Ellos muy fácilmente olvidaron el Dios que les había dado la vida y la libertad. El hermano de Moisés, Aarón, actuando en su lugar organizó la idolatría. “No se enoje mi señor; tú conoces al pueblo, que es inclinado a mal. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido” (Ex. 32,21-23).

Es increíble ver que corta visión y desagradecidos parecen ser, sacrificando todo lo que Dios generosamente les ha dado para su liberación en una distracción temporal. A pesar de la intervención directa de Dios para ellos, los Israelitas se rehusaron a cumplir con su parte del convenio de ser el pueblo elegido. Y así, tomaron otro rumbo. Sus acciones fueron “lo opuesto” a la evangelización.

Pero antes de juzgar más a los israelitas, detengámonos y reflexionemos en nuestra propia historia de salvación. ¿Cuántas veces cada uno de nosotros ha ignorado o descuidado la llamada que Cristo nos hace para ser sus discípulos? ¿Qué tan frecuentemente ponemos nuestros intereses personales antes de discernir qué es lo que el Señor nos invita a hacer?, ¿Qué tan frecuentemente descuidamos la oración, adoración y servicio a Jesús y a María para hacer aquello que nos parece más placentero o conveniente? En el mundo de hoy, la idolatría tiene muchas formas más sutiles que la de el becerro de oro que los Israelitas adoraban en el desierto.

Es por eso que el Evangelio de hoy es tan motivador. Jesús comparte dos parábolas muy cortas, y muy conocidas. La semilla de mostaza y el pan con levadura. Ambas parábolas tienen el mismo sentido: Dios nos fortalece y toma nuestra pequeñez y esfuerzos singulares y los transforma de acuerdo con su plan. Nuestros pequeños y humildes esfuerzos pueden convertirse en grandes obras de gracia si aceptamos el reto de ser evangelizadores de palabra y obra. El lema de esta Asamblea General de JMV aparte de ser un giro muy claro de esto, es también un credo para toda la vida “**¡Evangelizados para evangelizar!**”. Esa fue la realidad con la que los apóstoles y los primeros discípulos se encontraron luego de la Resurrección de Jesús. El que negó y desertó de Jesús durante su Pasión, es bienvenido nuevamente dentro del redil al afirmar que Cristo es el centro de su vida. Los que eran cobardes recibieron el Espíritu Santo y se convirtieron en valientes evangeli-

zadores y líderes servidores, formando así la primeras comunidades Cristianas.

¿Como asimilamos esta realidad en nuestra vida hoy? Una vez más, haré referencia a los Estatutos Internacionales:

“Por su nacimiento en el seno de la Familia de San Vicente de Paúl, se inspira en el carisma Vicenciano y hace de la evangelización y el servicio de los pobres una de las características distintivas de su presencia en la Iglesia. Sus miembros se comprometen a ser misioneros, dando testimonio de su amor a Cristo con la palabra y con su trabajo” (*Naturaleza*, No. 5).

Para Santa Luisa de Marillac, fue su “Experiencia de Pentecostés” la que la llevó a convertirse en una ferviente seguidora de Jesucristo en el servicio al pobre. Hoy en nuestros días, reunidos en esta Asamblea, debemos orar y con alegría discernir sobre la presencia del Señor y buscar la ayuda de María nuestra madre para encontrar los medios de evangelización y compartir la Buena Nueva. Esa es una doble dinámica de proclamación y acción que crece en lo más profundo de nuestro discipulado con el Señor Jesús.

Aunque tengamos o no una “Experiencia de Pentecostés” similar a la de Santa Luisa, no está en nosotros decidir. En última instancia, la conversión y la transformación profunda es trabajo de Dios. Como San Vicente descubrió, la obra de Dios es sutil y gradual, frecuentemente lo vemos en nuestros Amos y Señores, los pobres. Es por eso que nuestro tiempo es crucial. Como una comunidad con una causa común, podemos orar, reflexionar y conversar respecto a cómo evangelizar e inspirar a otros a hacer lo mismo. Utilicemos bien este tiempo!

Los “ídolos” y “becerros de oro” de nuestra era moderna tratarán siempre de guiarnos fuera de lo que el Señor nos llama a hacer con intercesión de nuestra Madre María. Unidos en esta Eucaristía por el amor de Jesús y María, oramos por la fortaleza de aceptar este reto de evangelización. El Papa Francisco dice “Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios” (EG 2013, No. 176). Como líderes de Juventud Mariana Vicenciana, cada uno de nosotros debe esforzarse por “salir de sí mismo para hacer de su vida un don para la humanidad. Como JMV estamos llamados a ser profetas y testigos del amor de Dios, comprometiéndonos a dar testimonio de ello con hechos y palabras” (Tríptico de JMV Internacional “Identidad”: http://www.secretariadojmv.org/jmv/wp-content/uploads/NuevoTrípticoJMVInternacional_esp.pdf)